

■ LAS EPIDEMIAS DE CÓLERA ■

DEL SIGLO XIX VISTAS

POR PÉREZ GALDÓS

Juan José Fernández Sanz

A Pérez Galdós no todas las grandes invasiones de cólera que afectan a España en el siglo XIX le cogen muy a mano. La primera, la de 1834-1835, la que más impacto causa —por primera y más mortífera—, tiene lugar diez años antes de su nacimiento. Cuando la segunda, en 1855, sólo cuenta doce años y, ni Las Palmas de Gran Canaria, ni ningún otro lugar del archipiélago recibe al denominado «huésped del Ganges». Si será testigo directo, ya en Madrid, de la tercera gran embestida, la de 1865, colaborador por entonces de *El Debate*, *Las Cortes* y *La Nación* —donde publica un breve cuento acerca de la epidemia: *Una industria que vive de la muerte*; y, sobre todo, de la cuarta y última invasión, la de 1885, momento en que, a los cuarenta y tres años, y ya habiendo cruzado el ecuador de su vida, se encuentra en una época de madurez vital e inmejorable labor creativa¹.

Aunque sólo testigo de las dos últimas invasiones, cabría inicialmente pensar que a un cronista agudo y notario fiel de la realidad española del siglo XIX de la talla de Don Benito, el cólera, la epidemia decimonónica por antonomasia, bien no se le escaparía, bien incluso hasta podría haberse constituido en un centro secundario de su atención. Una aproximación, siquiera general, a su obra, nos permite otear un panorama que desborda cualquier previsión, inclusive deseo de entre los más optimistas. Posiblemente nos encontramos ante el tratamiento más completo del conjunto de las invasiones de cólera que afectan a España realizado por un escritor, tratamiento que no desdeña ninguno de los apartados en que una epidemia incide: desde referencias constantes a sus diversas trayectorias, hasta atención a los aspectos más estrictamente políticos con

¹ Para una aproximación a las epidemias de cólera del siglo XIX, cfr. FERNÁNDEZ GARCÍA, A., *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985, 273 págs.; bien que centrado en Madrid, el estudio resulta válido para una visión más amplia a escala de España. Y, en relación con la de 1884-1885, puede verse mi libro: *1885: El año de la vacunación Ferrán. Trasfondo político, médico, sociodemográfico y económico de una epidemia*, Madrid, fundación Ramón Areces, 1990, 409 págs.

ellas relacionados; desde la inicial constatación de la impotencia de los remedios pseudocientíficos y supersticiosos —empleados, incluso, en el cuarto envite—, hasta su opción por Ferrán cuando, en 1885, éste descubre la vacuna; desde un análisis de los comportamientos colectivos y del tributo demográfico pagado, hasta las secuelas en el comercio y la economía en general.

Huelga señalar que la atención que Galdós presta al tratamiento del cólera está en consonancia con la importancia que, visto *a posteriori*, le concede la historiografía actual, superando con creces las visiones coetáneas, mucho más limitadas, inclusive en ocasiones sesgadas, cuando la carencia de datos y perspectivas unida al temor —terror más bien— ante una invasión imparable que nos transporta a los relatos de la peste medievales, y su consideración incluso como castigo divino, obnubilaba contemplaciones mucho más equilibradas, captadoras de un sentido de globalidad.

Y las referencias al cólera, si bien dispersas por el conjunto de su obra, adquieren especial relevancia y significación en aquellos libros dedicados a recrear periodos concretos del siglo XIX, que coinciden con los momentos de las grandes invasiones. Tal vez resulten más conocidas las alusiones a la invasión de 1834, y, en especial, a la matanza de frailes que tiene lugar en Madrid, acusados de envenenar las aguas, aunque en el trasfondo subyacen las tensiones, ya enzarzadas, entre carlismo y liberalismo (final de *Un faccioso más y algunos frailes menos*). Agudas resultan sus fustigaciones contra quienes —retrógrados ellos—, a la altura de 1865, ven en el cólera un castigo divino por el reconocimiento de Italia², en el marco de una visión que, por otro lado, no regatea valor a la oración sencilla, ni reconocimiento a la abnegada actuación del cura parroquial, como tampoco se le escapa el comportamiento de las sociedades privadas de socorros, sean de tinte liberal o filomasónico³, por sólo hacer alusión a algunos de los aspectos que merecen más detenimiento en su *Crónica de Madrid (1865-1866)*.

Pero, sin lugar a duda, la visión más amplia y completa de una epidemia de cólera nos la brinda en el *Cronicón (1883-1886)*. El destino no parece haber sido pródigo con esta obra galdosiana, que también incluye un segundo tomo, de igual título, para los años inmediatos posteriores, y que forma parte, con el orden VI, de los volúmenes de «Obras Inéditas» que, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo, publica la Editorial Renacimiento de Madrid, en la tercera década de nuestro siglo, al poco de la muerte del maestro; y digo que el destino no parece haber sido pródigo, por lo poco que suele citarse, incluso entre los familiarizados con nuestro autor, por no añadir que en las dos bibliotecas y en la librería de viejo en que nos hemos topado con este libro, todavía esta-

² PÉREZ GALDÓS, B., *Crónica de Madrid (1865-1866)*, Madrid, Editorial Castro, 1933, págs. 128-129.

³ *Ibid.*, págs. 130-131.

ban sus cuadernillos sin guillotinar. Sin embargo, el tratamiento que en ella se ofrece de la invasión de 1885 supera al de cualquier otro autor coetáneo, incluso el de aquellos escritores médicos que bien podrían haber realizado su mejor quite ante tan trascendental evento (recuérdese, v.gr., a Francos Rodríguez, cuya visión alicorta de la epidemia sólo produce desazón)⁴. Sus capítulos: «Precauciones sanitarias» —para el amago de 1884—, «Un enemigo del cólera» —que no es otro sino el Dr. Ferrán—, «La especulación del miedo», «Epidemias y crisis» —en el comercio, que aboca en la política—, «Un viaje real» —el de Alfonso XII a Aranjuez (enmendando la plana a Cánovas y Robledo)—, «Pánico colectivo» o «El cólera y la política», suponen la radiografía más completa de los avatares y significación de una epidemia.

Y hasta cabe imaginar —aunque remotamente— que Galdós visitase al descubridor de la vacuna anticolérica, el doctor Jaime Ferrán, algo que, salvo para los médicos que lo apoyan —más fueron sus detractores—, parece casi vedado. He aquí las palabras alusivas a este «encuentro» —¿mera recreación literaria, tal vez, que busca dar viveza al personaje?—, muestra de una preocupación en cuyos frutos quisiéramos detenernos en este trabajo:

«Jaime Ferrán es un hombre de treinta y siete años, de mediana estatura y temperamento vigoroso.

En el laboratorio viste luenga blusa de dril.

Su trato es afabilísimo y habla muy poco. Como todo gran pensador, carece de palabra fácil para expresarse (...).

Revela en la expresión de su fisonomía una inteligencia grande, una atención sostenida y profunda y el hábito de la observación (...).

Tiene el sabio de Tortosa convicciones arraigadísimas, no afirma nada de que no esté seguro; no se deja arrebatar de la imaginación. El sobrio laconismo de sus frases lleva al ánimo la tranquilidad precursora del convencimiento»⁵.

ASPECTOS POLÍTICOS: DE LA MATANZA DE FRAILES (1834) A LA DIMISIÓN DE ROMERO ROBLEDO (1885)

Siquiera para situarnos, valgan cuatro rasgos generales. El cólera, enfermedad endémica en la India, llega a Europa en el siglo XIX —«*Hemos visto al cólera recoger la terrible herencia de las antiguas asoladoras*

⁴ FRANCOS RODRÍGUEZ, J., *En tiempos de Alfonso XII (1875-1885)*, Madrid, Renacimiento, s.a., 270 págs. Por ejemplo, lo relativo a la inoculación Ferrán y su polémica lo solventa con estas ambiguas y poco comprometedoras palabras: «*Pero a la vez que el anuncio del remedio, surgieron las negativas de su eficacia, y hubo lucha tremenda entre quienes decían del suero ferrán que no preservaba, antes bien era peligroso, y quienes ponían el descubrimiento en el lugar donde se ostentan cuantos sirvieron de orgullo y provecho a la Humanidad*» (pág. 239).

⁵ PÉREZ GALDÓS, B., *Cronicón (1883-1886)*, Madrid, Renacimiento, 1924, págs. 186-187.

pestes...»⁶—, por muy variadas razones, resultando más sobresalientes las relaciones comerciales —coloniales— con la India y el Sudeste asiático en general, las peregrinaciones a La Meca de los musulmanes del Indostán —y, desde Arabia, al Mediterráneo y Europa—, los movimientos de los ejércitos,... sin olvidar la dinámica expansiva propia de todo microbio, pasando de pueblo a pueblo, no menos real por más lenta.

«El cólera sí —dijo Gracián—. Esta epidemia viene del Ganges, de donde saca su apellido de *asiática*. Ha empezado a hacer grandes estragos en Europa, y Dios no ha querido librar a España de tan tremendo azote»⁷.

En nuestro país deja un saldo de unas 800.000 víctimas en sus cuatro mayores embates, sólo disminuyendo progresivamente por un debilitamiento de su fuerza propagadora, sumando al avance de la higiene, pues su transmisión prioritaria lo es a través de las aguas inficcionadas.

«Es un consuelo para nosotros —*escribe Galdós en 1885*—, en las circunstancias presentes, el considerar que las invasiones coléricas que hemos sufrido desde 1835 han sido cada vez menos enérgicas. La del 65 fue más benigna que la anterior, y hay motivos para creer que la presente, si al fin y por desgracia es un hecho, hará menor número de víctimas que las precedentes. Las epidemias, por lo visto, sienten también su decadencia, como las razas reales y aun las plebeyas, lo cual sería un gran consuelo para la humanidad si la historia no nos enseñase que tras el acabamiento de una peste viene la aparición de otra»⁸.

Sólo la mera incidencia demográfica, unos 300.000 fallecimientos cuando la de 1833-34, 120.245 en la de 1885, cerca de 800.000 —repetimos— en conjunto, para una población que en el umbral del siglo XIX no llega a once millones, y anda por los diecisiete y cuarto en 1885, supone una conmoción tan fuerte que las estructuras sociales y económicas obviamente iban a resultar afectadas, incluso por el mero impacto demográfico. Pero hay más: el miedo y huida de las gentes —hasta llegar, en ocasiones, a verdadero pánico—, la diferente incidencia en función del *status* social, y la crisis económica motivada por la paralización del trabajo y la esclerosis del comercio —consecuencia, mayormente, de la proliferación de lazaretos y cuarentenas por doquier—, perturban suplementariamente la vida social y abocan en crisis política, máxime puesto que los distintos Gobiernos, situados frente a problemas insolubles, afloradas más sus propias contradicciones por la incapacidad de afrontar los conflictos, encuentran que su debilitamiento es aprovechado por la oposición de cualquier signo y matiz; por no hablar de la medicina que, al verse impotente ante el avance del microbio, tampoco contribuye a propiciar una salida o válvula de escape a tan tensa situación. Y si

⁶ *Ibid.*, pág. 29.

⁷ PÉREZ GALDÓS, B., *Un faccioso más y algunos frailes menos*, Madrid, Imp. La Quirinalda, 1879, pág. 308.

⁸ PÉREZ GALDÓS, B., *Cronicón (1883-1886)*, pág. 27.

el charlatanismo médico halla un terreno abonado donde explayarse, tampoco resulta extraño que las supersticiones religiosas encuentren en semejante trance un motivo apto para su eclosión, en especial entre las gentes sencillas e incultas. En suma, cada invasión se nos presenta como una coyuntura en la que aflora la realidad y problemática social con más veridismo, inclusive virulencia, que en cualquier otro periodo coetáneo, y el historiador se encuentra entonces ante un test radiográfico, diríase completo, de la realidad poliédrica de la sociedad del momento, con sus creencias, vivencias, tensiones, temores, incapacidades, contradicciones, conflictos, inclusive proyectos.

La matanza de frailes de 1834, con ocasión del cólera aunque no por el cólera —bien que medie la acusación insidiosa de envenenamiento de las aguas—, resulta muy compleja conjugación de lo antedicho. Pérez Galdós nos presenta un ambiente caldeado y a punto de explotar, que nada tiene que ver con la epidemia —aunque esta agudice la problemática social—, y sí, más bien, con las tensiones entre carlismo y liberalismo —la mera aparición en la conversación de los términos «carlista» o «liberal» se traduce en disputa⁹—, y en un apartado concreto, extremo al par que significativo, entre la Iglesia —considerada por los liberales como protectora del carlismo—, y los liberales más radicales —tachados por esta de masones—; en definitiva, una bipolarización colectiva que bien puede enmarcarse en el conflicto de las dos Españas. De no haber sido por el cólera cualquier otro motivo, real o ficticio, hubiera servido de detonante.

A pesar de que la narración de Galdós no prescinde de elementos novelescos, el ambiente que refleja y la realidad que reconstruye merecen nuestra consideración. Nos sumergimos, pues, en ella, dejando a un lado los relatos coetáneos de la prensa, al igual que las intepretaciones posteriores sobre si existió o no existió conspiración anticlerical preparada¹⁰. Galdós se inclina, más bien, por lo segundo, aunque no desconsidera la significación del tenso ambiente anterior.

Inicialmente nos habla de recepción de «*anónimos y cartas amenazadoras. Es la vigésima vez*» —precisa— así como de que «*en una reunión semi-secreta que varios patriotas tienen en la Plaza de San Javier han acordado dar un susto a Vuestras Paternidades*», aunque parece que la broma o susto «*no pasará a mayores*», puesto que «*los patriotas sólo quieren manifestar su antipatía a Vuestras Reverencias, y protestar por la protección que Vuestras Reverencias dan al carlismo*». Y que los jesuitas tampoco desconocen de donde viene la animadversión, podemos deducirlo de las palabras del Padre Gracián, cuando al intentar defenderse con el fascistol, grita: «*¡Canallas!...¡Masones!*», lo que, al hilo que nos

⁹ PÉREZ GALDÓS, B., *Un faccioso más...* pág. 354.

¹⁰ Cfr. FERNÁNDEZ GARCÍA, A., *op. cit.*, págs. 30-37. Igualmente pueden consultarse las obras de REVUELTA GONZÁLEZ, M., *La exclaustación*, Madrid, La Editorial Católica, 1976, y PÉREZ GARZÓN, J. S., *Milicia Nacional y revolución burguesa*, Madrid, CSIC, 1978.

ocupa —y aunque no cabe pedir excesiva lógica a quien intenta defenderse de unos desalmados—, en algún modo puede considerarse como equiparación.

Y es en este contexto, complicado con la presencia del cólera, y donde, al no existir respuesta de la medicina, florecen en abundancia los más insospechados y falsos remedios, así como las supersticiones, cuando nos topamos con la «tierra de San Ignacio», considerada por algunos como milagrosa —superstición en verdad—, y traída poco antes de la cueva de Manresa, sin duda en relación con la epidemia. El relato de Galdós resulta a grandes rasgos conocido, por lo que sólo resaltamos los hitos más relevantes, bien que entre ellos se produzcan «saltos», que no parecen explicarse con una buena lógica, razón esta por la que Galdós considera los hechos, no ya como irrazonables sino, como uno de los más feos crímenes políticos de nuestra historia.

Infundio de envenenamiento de las aguas

- Algún chico «echa tierra en las cubas de los aguadores».
- «¡Cosas malas en el agua!», corre después de boca en boca.

Los «fralles» responsables del envenenamiento

- El chico que ha arrojado la tierra en el agua se refugia en San Isidro.
- «*Como que de allí ha salido todo*»... —dijo una voz que se esforzaba en ser autoritaria y convincente a pesar de ser la voz de un salvaje».

Y otra voz: «*Yo mismo les he llevado ayer un saco de media fanega de veneno!*» —en alusión a la tierra de San Ignacio que llega desde Cataluña—.

Y otra más: «*Curas y fralles, que todos son unos. Díronselos como medicina santa, y tomarlos y empezar a sentir las arcadas del cólera, fue todo uno.*».

Finalidad: Acabar con los liberales

- Y el remate de otro: «*¿Por qué envenenan a la gente? Para acabar con los libcales.*».

Ergo, hay que acabar con ellos

- La primera víctima es un lego que cruza alguna calle de La latina con «*dos libras de azúcar, recién compradas en la tienda.*». «*Aquél lleva el veneno, gritaron varias mujeres corriendo hacia él.*».
- Después al Seminario:
«*Qué queréis*», dijo el Padre Sauri.
«*Queremos tu sangre, perro*», dijo una voz de entre los sicarios que —matiza Galdós— «*no sabían bien lo que querían.*».

A la muerte del Padre Sauri siguió la del Padre Gracián y la del resto de la Comunidad.

- El requero de pólvora se extiende a otros conventos de Madrid: le siguen el de Santo Tomás, San Francisco el Grande y La Merced Calzada.

Hasta aquí los hechos, de acuerdo con *Un faccioso más y algunos frailes menos*¹¹.

El juicio de Galdós intenta no desconsiderar el influjo del papel que en todo esto tuvo la creencia milagrero-supersticiosa en la «tierra de San Ignacio» —aunque quizá lo sobrevalore—, pero, en todo caso, no regatea responsabilidad a la «mala fe» subyacente, que utiliza este infame pretexto —¿de quién? ¿por qué? ¿para qué?—, para el asesinato —«crimen político»— de un nutrido grupo de miembros del sector clerical, mayormente —aunque no todos— alineado con los carlistas.

«Faltaría a todas las exigencias de la Historia el buen Cordero, si omitiera lo que se dijo de envenenamiento de aguas, y la parte que tuvo en esta brutal creencia la bendita y entonces malhadada *tierra de San Ignacio*. Este ingrediente, desempeñó en aquellos sucesos terribles un papel de primer orden. Fue arma odiosa de la mala fe, de la ignorancia, y absurdo pretexto, ya que no causa, de uno de los más feos crímenes políticos que se han cometido en España. La mano, ¿qué era y dónde estaba? ¿Creemos en el espontáneo error del populacho y en un movimiento instintivo y ciego de su barbarie?»¹²

En las tres epidemias subsiguientes, si bien no nos topamos con hechos similares a los de 1834, también el cólera es utilizado como dardo político contra el partido gobernante. En la de 1884-1885 el asunto se complica merced a dos hechos fundamentales que provocan la división y el desgaste del partido conservador, por aquél bienio en el poder: por un lado, el recurso a cuarentenas y lazaretos, utilizados con profusión por Romero Robledo —hasta su dimisión el 12 de julio de 1885—, aunque rechazados por ineficaces por su sucesor, Fernández Villaverde; por otro, el empecinamiento gubernamental —aunque no de Silvela— y de la ciencia médica oficial contra Ferrán, descubridor de la vacuna —que relegamos al punto siguiente—.

Galdós ironiza a costa del ministro de Gobernación, incluso fustiga muchas de sus actuaciones. Si bien nos deja en la duda sobre si Romero Robledo tenía o no miedo al cólera¹³ —si la respuesta fuese positiva, en algún modo bien podría explicar la tozudez de su política cuarentenaria—, no queda éste bien parado cuando, con ocasión del viaje con Cánovas a Murcia, nuestro autor precisa que «*un acreditado fondista de Madrid les llevó los víveres, bebidas de primera calidad y provisiones de todas clases*»¹⁴; llegar a la, por entonces, ciudad infestada, a compartir el dolor de los enfermos y aportar consuelo y ayuda, con Lhardy —no era otro el fondista— bien provisto de viandas y con barricas de agua del Lozoya, tiene tanto de cómico que el mensaje que proyectó resultó más

¹¹ PÉREZ GALDÓS, B., *Un faccioso más...*, págs. 319-357.

¹² *Ibid.*, págs. 356-357.

¹³ PÉREZ GALDÓS, B., *Cronicón (1883-1886)*, págs. 198-199 y 231.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 212.

bien negativo, contribuyendo a acelerar su dimisión —la prensa divulga copiosamente estos «contrastes»—.

Y el posterior viaje de Alfonso XII a Aranjuez (ciudad también infestada), de incógnito y a pesar de la oposición de los ministros —*«sin pedir permiso al Gobierno ni contar para nada con él»*¹⁵, al tiempo que *«temerario y digno de loa»*¹⁶ para Galdós, ya que el rey está enfermo y la sucesión todavía no está asegurada—, es objeto de agudo análisis:

«Los monárquicos más fervientes no se hacen ya ilusiones respecto a las consecuencias de una desgracia de Alfonso XII. Pocos, muy pocos son los que creen que el problema de la sucesión se resolverá pacíficamente con arreglo a lo que dispone la Constitución escrita. La muerte del Rey sería la señal de la conflagración, y el problema dinámico se confundiría con el problema de forma de Gobierno para hacer más pavorosa la situación del país»¹⁷.

Galdós distingue claramente los aspectos personal y político de este viaje. Muy elogioso con el valor y la solidaridad que el Rey muestra —máxime en comparación con *«las familias aristocráticas que han huido desde Madrid impulsadas por el miedo, apenas supieron que había casos de cólera a 100 leguas de esta capital»*¹⁸—, no oculta los nubarrones que podrían ceñirse sobre el país si el Monarca —enfermo ya por entonces, aunque no del cólera—, falleciese. Y el éxito del inesperado viaje real se traduce en aprieto para el Gobierno —*«Jamás se ha visto un Gobierno en aprieto mayor»*¹⁹—, máxime tras el espontáneo y caluroso recibimiento que le brinda el pueblo de Madrid al regreso de Aranjuez, y al que el Gobierno —sobrepasado una vez más—, en su imprevisión, debe unirse:

«Así se vio el fenómeno singularísimo de que cuando todo el vecindario de Madrid acogía con sinceros aplausos a Don Alfonso a su regreso del Real Sitio, los ministeriales, es decir, los que blasonan de más monárquicos, andaban cariacontecidos y trastornados, no acertando a dar su opinión sobre el noble acto que Madrid aclamaba»²⁰.

Con el viaje real, y de modo definitivo, el Gobierno —y Romero en especial— ve puesta sobre el tapete su escasa propensión a visitar las zonas epidemiadas, y censurada su política sanitaria sembrada de cuarentenas y lazaretos, lo que viene a unirse al rechazo anterior del comercio y a los ataques diarios de la prensa, brindando así a Sagasta y a los liberales —en especial en las Cámaras— una inmejorable ocasión para

¹⁵ *Ibid.*, pág. 249.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 225.

¹⁷ *Ibid.*, págs. 229-230.

¹⁸ *Ibid.*, págs. 227-228.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 248.

²⁰ *Ibid.*, pág. 248.

contestar un talante de gobierno desprestigiado y ampliamente contradictorio; ¡y no sólo por los errores sanitarios!

«Los últimos días de sesiones parlamentarias han sido días de prueba para los individuos del partido conservador, y hemos visto al Sr. Cánovas haciendo verdaderos milagros de talento y habilidad para impedir el completo naufragio y acabamiento de su partido en la desecha borrasca que está corriendo»²¹.

ASPECTOS MÉDICOS; DE LOS INEFICACES REMEDIOS TRADICIONALES A LA VACUNA FERRÁN (1885)

Cuando la primera epidemia, Galdós nos da buena cuenta de la panoplia de remedios utilizados; y tampoco olvida el manido recurso al valor y desprecio del mal —como si así se ajusticiase al microbio—:

«Nazaria le preguntó por los remedios que para tan atroz dolencia habían descubierto las Facultades, y Gracián, con apariencia de no creer mucho en ellos, habló de varios, tales como friegas, infusiones, teinas y revulsivos. El mejor antídoto contra el mal era, a su juicio, el valor y el desprecio del mal mismo»²².

Con esta apelación al valor y desprecio del mal, imaginamos que se intenta evitar la postración personal, así como sembrar alguna esperanza tanto a escala individual como colectiva, ya que el cólera provoca una psicosis generalizada de miedo, superior a cualquier otra epidemia contemporánea, retro trayéndonos a contextos medievales, cuando la peste negra:

«...si miro a la puerta me parece que entra en figura de gente, si miro a la ventana me parece que entra con el aire, con el sol y con el polvo de la calle.

No como, por miedo a que entre en mi cuerpo con la comida, ni duermo temiendo que me coja en sueños y me lleve antes del despertar»²³.

²¹ *Ibid.*, pág. 249. Aunque las relaciones entre Romero Robledo y Silvela en modo alguno pueden considerarse de amistosas, aunque sólo fuera por la incapacidad de conectar psicológicamente dos caracteres tan diferentes, lo cierto es que pudieron convivir políticamente juntos bajo la dirección de Cánovas; esto no obsta para que, en lo relativo a las cuarentenas, la visión fuese diametralmente opuesta. Silvela llega incluso a calificarlas de «ridículas» (SILVELA, F., *Artículos, Discursos, Conferencias y Cartas*, III —notas de F. Llanos y Torriglia—, Madrid, Mateu Artes Gráficas, 1923, pág. 154). Esta diferente manera de enfrentarse a la epidemia contribuye a ahondar las diferencias entre ambos, y, por ende, a la división del partido.

En todo caso existen otros factores que coadyuvan al debilitamiento del partido liberal-conservador —así llamado el de Cánovas por entonces—, tales como: los incidentes universitarios de Santa Isabel (finales de 1884), la pérdida de las elecciones municipales (primavera de 1885) y el conflicto de las Carolinas con Alemania (verano-otoño de 1885) (cfr. FERNÁNDEZ SANZ, J. J., *1885: el año de la vacunación Ferrán*, págs. 88-97).

²² PÉREZ GALDÓS, B. *Un faccioso más...* pág. 308.

²³ *Ibid.*

Y como se entiende que hasta el aire está emponzoñado («*La dama partió llena de pena y miedo, de miedo porque ignoraba si alejándose de Madrid se alejaría del aire ponzoñoso...*») ²⁴, el mejor recurso es la huida; claro que ello está reservado a los ricos:

«La señora no pensaba más que en huir de aquel azote de Dios que había empezado hiriendo a los pobres y pronto descargaría sobre los ricos.

¡Bendito Dios! los que no eran pobres tenían al menos el recurso a la fuga» ²⁵.

Y todo esto sigue en buena medida presente hasta 1883, pues, incluso por entonces, lo único cierto que se sabe del cólera es que se transmite esencialmente por las aguas inficionadas. Como el origen se desconoce, las terapéuticas al uso resultan tan ineficaces como sus contrarias y, en el fondo, sólo se orientan a atacar la sintomatología.

Una buena muestra de lo poco que se ha avanzado en la lucha contra el cólera se obtiene de la lectura de los primeros capítulos del *Cronicón (1883-1886)*, en especial los titulados «El hijo del Ganges» y «Un duelo científico» —sobre la polémica Letamendi-Olavide—, sin que del concierto de salvadores médicos, al que se suman los charlatanes, surja la esperada solución.

«No sólo han hablado las lumbreras de la ciencia sino también las medianías, y tras estas han venido también los charlatanes y curanderos explicando a su manera la naturaleza del *microbio* y ofreciendo que acabarán con él en menos que canta un gallo» ²⁶.

Y, si «*tan contradictorias son las opiniones de estos —de los médicos— sobre la manera de curarlo*» ²⁷, no resulta extraño que la polémica Letamendi-Olavide sobre la supuesta inmortalidad de los microbios acabe como el rosario de la aurora:

«La reunión se disolvió en medio del mayor desorden científico, y los ilustres individuos que lo componían fueron sembrando por todo Madrid la duda, y derramando el germen de violentas polémicas y disputas que, empezando por técnicas, han concluido en personales» ²⁸.

Será Ferrán en 1884-1885 quien, apoyado en los descubrimientos de Koch —el sabio alemán determina que el *bacillus virgula* es el causante del cólera—, encontrará el definitivo remedio, la vacuna anticolérica; claro que, resultando en exceso pionera y novedosa en medio de un quírigay pseudocientífico, su destino aparecerá ligado y sumido en la polémica desde los inicios. Pero Galdós opta por Ferrán:

²⁴ *Ibid.*, pág. 328.

²⁵ *Ibid.*, pág. 322.

²⁶ PÉREZ GALDÓS, B., *Cronicón (1883-1886)*, pág. 25.

²⁷ *Ibid.*, pág. 29.

²⁸ *Ibid.*, pág. 53.

«Le ha salido al cólera un enemigo encarnizado: el doctor Ferrán (...) Es la primera vez que se ha visto la posibilidad de atajar definitivamente a tan fiero enemigo, mejor que con lazaretos, cordones y cuarentenas, que así le detienen como podrían las telarañas detener una bala de cañón».²⁹

Y Galdós comienza narrando desde los antecedentes más lejanos (la vacuna de Jenner) hasta los más próximos (Pasteur con sus experimentos sobre la rabia) —«*el pensamiento de curar los estragos de un mal con el mal mismo no es nuevo en medicina*»³⁰—, para llegar a Koch, descubridor del microbio colerígeno. A partir de aquí no se le escapa ninguna perlecha de nuestro genio de la medicina —sólo comparable a Cajal, aunque este último no le guardase especial consideración—: su viaje a Tolón y Marsella (verano de 1884) —donde comienzan sus estudios sobre el microbio—; los cultivos y atenuaciones posteriores hasta llegar al punto en que el microbio, incapaz de producir la enfermedad, resulta sin embargo suficiente para precaverla —es decir, la vacuna—; las experimentaciones con animales, consigo mismo, discípulos y admiradores hasta comprobar que la inmunidad resulta cierta³¹; las aplicaciones en Valencia, en 1885, con precisiones muy exactas sobre los variados síntomas que experimentan los inoculados; y, por fin, la polémica que rodea la aplicación del descubrimiento, dividiéndose la ciencia médica, los políticos, la prensa y el país entero entre partidarios y detractores del sistema Ferrán.

Los párrafos dedicados por Galdós a la epopeya valenciana —donde se aclama a Ferrán como el mayor bienhechor de la humanidad—, las anotaciones sobre la animadversión gubernamental —«*No encontró Ferrán apoyo muy caluroso en las esferas oficiales*»³²—, todo lo relativo a «informes» de diferentes comisiones —v.gr., la francesa, de Brouardel, Charrin y Albarrán, quien con su juicio negativo contribuye al descrédito a escala internacional—, y hasta la posible visita a Ferrán en su laboratorio (a la que se ha aludido), nos permiten recrear toda la epopeya médica; ¡tal es la riqueza de información, sólo parágonable a la perspicacia de los análisis por alguien cuyo oficio no le acerca en exceso a complejas y controvertidas disquisiciones científicomédicas!

En todo caso, y aun a pesar del apoyo que al de Tortosa presta, sea por una elemental prudencia de quien no es experto, sea porque tras las prohibiciones gubernamentales y las censuras de diversas comisiones nacionales e internacionales el ambiente se va haciendo cada vez más contrario a Ferrán, sea finalmente por intentar captar la «evolución» —

²⁹ *Ibid.*, pág. 179.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.* (*passim*). Muy posiblemente Galdós llegó a utilizar la obra cumbre del Doctor Ferrán (escrita con la colaboración de A. Gimeno e I. Paulí, y titulada: *La inoculación preventiva contra el cólera morbo asiático*, que se edita al año siguiente de la epidemia. Nosotros hemos cotejado la tercera edición, de 1912 (Barcelona, suc. de M. Soler), que, salvo apéndices posteriores, coincide con la primera.

³² FÉREZ GALDÓS, B., *Cronición (1883-1886)*, pág. 185.

regresión, más bien— que en el país se aprecia, es posible que alguna duda quede sin disipar en Galdós, sobre si la vacuna es o no el definitivo remedio:

«De veras digo que el doctor Ferrán, si al fin no tiene la suerte de encontrar el remedio —entendemos que quiere decir el incuestionado remedio— del cólera, ganará seguramente el cielo en esta ruda campaña que sostiene contra enemigos mil en defensa de su invento»³³.

COMPORTAMIENTOS COLECTIVOS, HUELLA SOCIODEMOGRÁFICA Y SEQUELAS ECONÓMICAS

Son los comportamientos colectivos los que, a un escritor de aguda visión social como Galdós, más acaban atrayéndole; de hecho, a ellos hemos indirecta y profusamente aludido en anteriores apartados, ante la imposibilidad de diseccionar los distintos planos. Quisiéramos, no obstante, dejar mera constancia de algunas otras pinceladas de interés:

1. La descripción de lazaretos y cordones:

«Llaman lazaretos en algunos pueblos a un destartado pajar, un molino sin uso, un corral de ganado o cosa parecida, donde no hay camas ni alimento, ni comodidades de ninguna clase, ni aun lo más necesario para la existencia»³⁴.

2. Los cambios en los destinos de los veraneantes: así, en 1884, los españoles no veranean en Francia por miedo al cólera que entonces se recrea al norte de los Pirineos:

«Una parte no pequeña de la sociedad española se ve privada de los viajes a Francia, costumbre que venía a ser, para muchas personas, como una imprescindible función de la vida (...) Los biliosos, los hepáticos y los que padecen rebeldes dispepsias, tienen que contentarse con saludar a Vichy desde la parte acá del pirineo»³⁵.

3. El pánico, que llega a traducirse en olvido de los seres queridos:

«Muchos enfermos, a quienes una regular asistencia habría salvado, han perecido en espantosa soledad, y rotos los lazos de la familia, el pánico ha separado el padre del hijo y el hermano del hermano»³⁶.

4. El elogio de la oración ferviente y espontánea frente a las rogativas públicas que, entiendo, más bien, pueden acrecentar el pánico: claro que poniendo primero los medios, es decir sin olvido de la desinfección, evi-

³³ *Ibid.*, pág. 241.

³⁴ *Ibid.*, págs. 251-252.

³⁵ *Ibid.*, págs. 23-24.

³⁶ *Ibid.*, pág. 255.

tando los hacinamientos y manteniendo unos pulcros mercados como marco de exposición y venta de unos alimentos no contaminados:

«Para calmar tantos males se proponen rogativas y procesiones. Respetamos este recurso, consagrado por la costumbre, aunque es más fácil que haga nacer el pánico, que es una segunda epidemia, más asoladora que la que nos azotó el domingo y lunes (...)

En estos días se hacen rogativas más fervientes y espontáneas. Oraciones hay pronunciadas o sentidas en lo más recóndito del hogar, donde una víctima infeliz sostiene la más terrible lucha con la muerte (...) Estas son las rogativas que llegan a Dios»³⁷.

«Mientras pasean a San Roque permiten que las calles estén llenas de basura, que las alcantarillas despidan miasmas pestilentes, que vivan hacinadas las familias pobres en miserables y estrechas zahurdas, y que en los mercados reine la suciedad y la adulteración de alimentos.

Yo creo que ambos sistemas pueden hermanarse perfectamente, con admirable resultado; que se puede invocar la protección de San Roque, atendiendo al mismo tiempo a lo que ordenan la higiene y la experiencia (...) Rezar todo lo que se quiera, y por si acaso, desinfectar al mismo tiempo. Tengo la seguridad de que al mismo San Roque le ha de gustar que lo paseen por las calles bien barridas y no por albañales inmundos y malolientes»³⁸.

5. Incluso, finalmente, las referencias al humor y la sátira —que como contrapunto y en línea catárquica, no dejan de florecer en aquellos momentos—, a propósito del estreno de *Medidas Sanitarias*, donde se convierten en chacota los lazaretos, discusiones médicas, fumigaciones y demás. ¡Claro que esto ocurre tras el pequeño amago de 1884, antes de la verdadera invasión!

«Esto es reirse del cólera en sus babas. Podrá no ser prudente; pero siendo la melancolía una de las más señaladas predisposiciones nerviosas en favor del mal, no se debe vituperar lo que tiende a mantener el espíritu en estado de buen temple»³⁹.

En lo que respecta a incidencia demográfica, es cierto que el cólera afecta en mayor porcentaje a ancianos y niños —por más débiles—, más a las mujeres que a los hombres —mayor contacto con el agua: caso de lavanderas o amas de casa—, más a quienes viven en zonas de huerta —de nuevo transmisión por aguas inficionadas—, más a los barrios periféricos —menos higiene—, así como, dentro de un edificio, a sótanos y buhardillas frente al resto de los pisos —diferencias en el status social, lo que hace presuponer menor higiene, y hasta peor alimentación—.

Si bien esto resulta absolutamente cierto, también parece que alguna

³⁷ PÉREZ GALDÓS, B., *Crónica de Madrid (1865-1866)*, págs. 129-130.

³⁸ PÉREZ GALDÓS, B., *Cronicón (1883-1886)*, pág. 266.

³⁹ *Ibid.*, pág. 76.

«eminencia médica» o «sabio» —la ironía es de Galdós—, deformando un tanto sospechosamente la incidencia, llega a afirmar que el «*cólera es bueno ... (que) nos trae el incalculable beneficio de descargar a la humanidad de todos los individuos débiles y raquíticos y de los ancianos y valetudinarios (...) (que) después de un periodo epidémico, hay siempre una salud inmejorable (...) y que «nos trae el beneficio... de aligerar la población donde es excesiva y de favorecer su ulterior desarrollo con gran lozanía...»*⁴⁰. Lo que da pie a Galdós para un remate genial, dejando aflorar su honda preocupación por la moral social:

«Para que el cólera fuese un encanto no le faltaría más que añadir a estas ventajas la de extender sus caracteres de selección al orden moral, espurgando a la humanidad de todo lo malo, hiriendo no sólo a los débiles y raquíticos, sino también a todos los perdidos, vagos, tramposos, a los conspiradores de oficio, a los adúlteros de ambos sexos y, en suma, a todos los que no sirven sino para estorbo. La experiencia, ¡ay!, dice que no debemos esperar del microbio ningún acierto en la elección de sus víctimas ni en el orden moral ni en otro alguno»⁴¹.

Y tampoco se le escapan las secuelas económicas en una paralización de la producción (frutos que perecen en el campo por falta de compradores —por ser considerados como potenciales transmisores—, cierre de fábricas), y, mayormente, en una ralentización del comercio (por todo lo anterior, amén de las omnipresentes cuarentenas), y ello tanto a escala nacional como internacional (cierre de puertos y fronteras frente a las procedencias españolas):

«El comercio español sufre una crisis de las más graves, y su paralización es tal que hace muchos años que no se ha visto otra semejante.

Las exportaciones están reducidas a la mínima expresión, lo que se comprende fácilmente, recordando que las comarcas más ricas, que son las del Levante, están muertas para el tráfico, y que Murcia y Valencia ven perdidos sobre la tierra sus admirables frutos, o en desiertos y abandonados almacenes. Todo el comercio peninsular está malparado con esta desolación, que viene a remachar los males causados por las deficientes cosechas, por las inundaciones y los terremotos»⁴².

* * *

Valgan estos sintéticos párrafos, así como las citas y alusiones espigadas de entre la extensa obra galdosiana, como testimonio y muestra de su interés por reflejar y recrear uno de los apartados más relevantes —aunque no excesivamente conocido— de nuestra historia decimonónica,

⁴⁰ *Ibid.*, págs. 28-29.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*, pág. 222. La *Estadística Minera de España*, la *Estadística de Comercio de Cabotaje*, así como la *Estadística General del Comercio Exterior* (correspondientes a aquellos años), cuantifican estas pérdidas.

donde convergen variados aspectos políticos, médicos, sociodemográficos y económicos, al hilo de las invasiones de cólera. Invasiones que, repetimos, pueden hoy día reconstruirse con gran fidelidad gracias a la obra de nuestro autor, incluso prescindiendo de otras fuentes, y que en conjunto nos brinda una inmejorable radiografía de la sociedad de la época. A la agudeza, sentido de globalidad e historia total, es decir, a la preocupación integral de Don Benito por los más variados aspectos de la vida colectiva española, se lo debemos.